

Marcelo Quiroga Santa Cruz, un artista de la política boliviana

Marcelo Quiroga Santa Cruz, an Artist of the Bolivian Politics

HUGO RODAS*

RESUMEN: Este ensayo problematiza la dialéctica histórica éxito/fracaso, alrededor de la figura del líder socialista boliviano Marcelo Quiroga Santa Cruz y su comprensión marxista no libresca de la realidad boliviana; esto es, que en vez de una filosofía sistemática y abstracta, la comprensión de la realidad es posible a partir de una crítica sobre “la vida misma”. Se lo hace en torno a dos dimensiones metafóricas llevadas a sus límites: 1) la de una imagen parlamentaria “inflada” de la democracia, que pretende oscurecer en la conciencia ciudadana la dimensión contradictoria de lo social, y 2) la de la posición nietzscheana voluntarista que se ve superada por la aceptación de la vida en toda su complejidad.

PALABRAS CLAVE: *Historia, dialéctica, política, literatura.*

ABSTRACT. This essay problematize the historical dialectic success/failure, around the figure of the bolivian socialist leader Marcelo Quiroga Santa Cruz and not bookish marxist understanding of the bolivian reality; that is, rather than a systematic and abstract philosophy, understanding of reality is possible from a review about “life itself”. It makes around two metaphorical dimensions taken to their limits: 1) a “bloated” of democracy, parliamentary image that seeks to darken in public awareness the contradictory dimension of the social, and 2) the nietzschean position voluntarist that are overtaken by the acceptance of life in all its complexity.

KEYWORDS: *History, dialectic, politics, literature.*

RECIBIDO: 19 de septiembre de 2016 **ACEPTADO:** 30 de octubre de 2016

Para Cristina Trigo, in memoriam

La individualidad de Marcelo Quiroga Santa Cruz (1931-1980) parece haberse forjado en una interpretación de la filosofía de Nietzsche (*vgr.* artículo de prensa de 1965). Ello es comprobable en el desarrollo de su

¹ Estudiante de doctorado de Estudios Latinoamericanos, <hugorodasmorales@gmail.com>.

obra literaria y la praxis política socialista final que perfiló en Bolivia. Simbólicamente la podríamos sintetizar en su narración oral del final de la novela que no pudiera terminar de escribir y se publicara póstumamente, final adelantado al público que asistía a la conferencia que Marcelo ofreciera en Cochabamba en 1963, al merecer *Los Deshabitados* el premio que otorgaba la Fundación “William Faulkner”; final ofrecido en el diálogo público que siguiera a su conferencia y que era, según declara Marcelo, más grato que el primero, por la posibilidad de conversar sin jerarquías. Gesto lúcidamente político considerando que la mejor literatura moderna rehúye su consagración institucional y que si tiene éxito, fracasa por convertir el lenguaje privado del autor en regla de uso público, en “estilo”.

El final que Marcelo narrara era el de su segunda novela en curso, llamada provisionalmente *El combate* y al final, por él mismo, *Otra vez marzo*; títulos que dan cuenta del desplazamiento intelectual que representan, desde una idea abstracta a su concreción individual y política: Marcelo nació un 13 de marzo, durante su adolescencia utilizó el seudónimo de “Adán” en el evidente esfuerzo de conquistarse como un “hombre nuevo”, sin un pasado que pesara sobre la realización de sí mismo; la repetición que invoca (“otra vez”) no es su añoranza como escritor *contra la política*, sino la necesidad de completar la política que ejercitaba como un afuera de sí mismo, con la literatura como la intimidad en la que la sociedad tendría su lugar determinante sin negar al individuo.

Si en 1965 Marcelo hablaba desde el diario que dirigía, *El Sol*, del temor que el partido del 52, el MNR, había conseguido imprimir a la política boliviana, el final anunciado de *Otra vez marzo* sugiere la superación de una política de fuerza (idealmente militar) por otra democrática y socialista en un sentido concreto y social no meramente individualista. Esta línea corresponde a la formación de una filosofía de vida complementaria con la praxis política que desarrollaba. Lo que reivindicaba Marcelo con palabras de Nietzsche en 1965 era algo ya citado por Sergio Almaraz en 1964 respecto al mismo tema de la violencia política en Bolivia y resistido con palabras de Nietzsche: “Vale más perecer que odiar y temer; vale más perecer dos veces que hacerse odiar y temer: tal debería ser un día la suprema máxima de toda sociedad organizada políticamente”.

Lo que importa entonces, es la interpretación que sigue a la idea contenida y ésta, en el caso de Marcelo, sería desarrollada como novela en *Otra vez marzo* y como praxis en el Partido Socialista de Bolivia (después

PS-1), que se había formado mediante la *fusión* de cuatro organizaciones políticas antecedentes (FLIN, FARO, APB, UNIR), una de las cuales, la numéricamente minoritaria y que encabezaba Marcelo, daba sentido desde su nombre al proyecto de unidad política pues era, según señalaba su “Manifiesto fundamental” en el momento previo a la formación del ps (1971), un “movimiento de unificación ideológica y combativa”. Esta voluntad colectiva bien llamada UNIR (Unión de la Nueva Izquierda Revolucionaria), concebía la necesidad de formar un “nuevo movimiento” luego de la frustración revolucionaria del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) posterior a 1952, pero con el rasgo innovador de diferenciarse de toda nueva “fuerza política tácticamente reformista pero estratégicamente contrarrevolucionaria”, que frustrara nuevamente “el destino del pueblo”. Ése fue el aliento con el que nació el Partido Socialista de Bolivia.

Ahora bien, el paso de una posición basada en parte en Nietzsche, a otra ya lograda como propia, posiblemente requirió la mediación literario-política de la obra de Bernard Shaw. Este notable escritor de origen irlandés, que desarrolló una idea propia del socialismo, sostuvo ambigüedades y dudas semejantes a las que el joven escritor boliviano testimoniaría en la prensa boliviana en su tránsito hacia la actividad política. Párrafos más abajo veremos que otro espejo de su madurez literaria y política fue la obra mayor de Proust. Ignoro si Marcelo conoció un ensayo de Shaw (“La quintaesencia del ibsenismo”, 1894) que penetra en la cuestión de la dialéctica del fracaso/éxito que estoy considerando, analizando la otra teatral de Henrik Ibsen. O si leyó Nietzsche directamente, o aún más (no menos), infirió de la cita de Nietzsche sus propias directrices parafraseándola para el contexto boliviano; en este último caso, una idea de Nietzsche habría establecido primero la simpatía que luego existiría entre Almaraz y Marcelo como puente del nacionalismo revolucionario al socialismo, en 1968. La última posibilidad descrita, la de una mera hermenéutica individual, sólo aparentemente más modesta, no sería menos digo, porque el mismo Shaw penetró en Ibsen sin el apoyo de Nietzsche, lectura de la que en su tiempo no disponía.

En este punto es preciso explicar lo que Nietzsche tenía de socialista que atrajo a Shaw y a Marcelo, con reservas, como el propio marxismo leído por ambos escritores, por razones que expresan no una contradicción propiamente –y no porque Shaw y Marcelo evitaran contradecir sus propias posturas; lo hacen con el mayor gusto y ahí están sus propias palabras y dudas escritas para mostrarlo– sino por la *voluntad individual* de cada uno

en ir más allá, hasta donde les fuera posible, rasgo diferenciador central respecto a otros autores y en especial a teóricos o académicos consistentes por lo que explico a continuación: se trata de advertir que la importancia de la articulación entre cultura y economía (entre la superestructura y la estructura, para remitir al lenguaje del marxismo convencional del siglo pasado) no se resuelve a través de la teoría por el carácter general de ésta, que inevitablemente debe hacer abstracción del análisis específico que impone esta articulación.

Digamos que lo que existe es algo indeterminado: *una* estructura y *una* superestructura de ideas, de las que no puede dar cuenta la teoría, ni siquiera el pluralismo teórico más rico en términos de hechos estables por algún tiempo. Y esto es congruente con el hecho de que el marxismo se hace incomprendible o improbable allí donde se cristaliza en *una* filosofía de la historia, en vez de operar como una crítica de la propia teoría: la ontología dialéctica del éxito/fracaso como espejo de uno en el otro, no es una mera corrección de la idea de oposición entre ambos, semejante a la de estructura/superestructura, práctica/teoría o cuerpo/espíritu, presente en el sentido común dominante, sino la comprensión más evidente en nuestra época de que las ideas están dotadas de materialidad por las acciones humanas que promueven y autoconstituyen al individuo. Que dicha materialidad sea realizada en distintos grados, es efecto de ambas instancias, la económica y la cultural, también en su relación, no en su autonomía; la escritura, para dar una imagen espacial general, puede diferenciarse entre aquella que “hace aguas” y la que figurándose una malla milimétrica cierra todo espacio en su red de ideas, con un grado de densidad tal, que nos permita erguirnos como sobre la tierra para ver el horizonte.

Veamos comparativamente el cambio de Shaw y de Marcelo respecto al marxismo, para explicarnos cómo es que ambos resuelven de un modo individual la cuestión de la determinación social y cómo realizan su obra en tanto artistas de la política sin menoscabo de ambas dimensiones. En ambos casos el desengaño del marxismo al que se acercaron respondía a razones pragmáticas de la mayor importancia y a la desconfianza que les motivaba un deber ser abstracto. Pero si Shaw abandonaría la dialéctica para desarrollar una particular visión evolucionista de la vida, Marcelo adoptó un marxismo cuya fluidez la daba el análisis coyuntural de la lucha de clases en la perspectiva del poder proletario. Podría decirse que en ambos casos se trataba de una cuidadosa atención a la realidad que los incluía sin subordinarlos a la ideología dominante.

Shaw desconfiaba de la lucha de clases en la Inglaterra de su tiempo, porque observaba que la organización marxista revolucionaria que impugnaba la vía institucional de reformas (la Federación Socialdemócrata liderada por Henry Hyndman, quien le sugiriera a Shaw sus lecturas de Marx) tenía mayoría de militantes burgueses sobre los de origen proletario, incluido Hyndman, y los disturbios multitudinarios y revuelta que promovía no instaurarían el comunismo mejor que la postura socialdemócrata, en la que Shaw halló el espacio (Sociedad Fabiana) ideológicamente difuso en el cual desarrollar su propio punto de vista, que creía en la “persuasión racional”. Lo que Shaw no rechazó sino que mantuvo de manera ambigua, fue la importancia de la dialéctica marxista de un modo algo excéntrico respecto a la idea evolutiva que planteaba, pero que se alimentaba de otras ideas sugerentes, como las de Óscar Wilde, a quien invitó en 1888 y que presentara a la Sociedad Fabiana su ahora célebre *The Soul of Man under Socialism* (*El alma del hombre bajo el socialismo*, 1891), según el cual el objetivo de la sociedad debiera consistir en favorecer el máximo desarrollo del individuo como tal. En este camino de abandono del socialismo Fabiano, la filosofía de Nietzsche sirvió para favorecer el desarrollo político de Shaw como dramaturgo, lo que se observa en el tránsito de su ensayo sobre el ibsenismo al del “perfecto wagneriano”, desde un arquetipo de comunidad hacia una visión realista que lecturas de Nietzsche y Marx consolidaron: de la oposición nietzscheana entre señores y esclavos a su mediación por un revolucionario “realista”, que mediante el arte se desprende de la percepción hecha de ideales frente a la realidad social. Shaw advierte que los ideales tranquilizan al propio yo, teniendo como objetivo lograr ser “buenas personas” pues la natural corrupción humana exigiría negarse a sí mismo y conformarse con la defensa de ideales, en vez de ejercitar “la voluntad de ser uno mismo” que un realista como Shaw tenía en mente.

Marcelo dudaba del marxismo abstracto y confiaba en que los postulados cristianos serían más adecuados para la modificación de una tendencia que con el MNR posterior 1952 era claramente antidemocrática y en la que las mismas corrientes marxistas participaban. Su posicionamiento demócrata-cristiano es el de un pensamiento juvenil que, como la experiencia de Shaw, se había desengañado de la lucha callejera por sus elementos irracionales desatados: el colgamiento de Gualberto Villarroel (1946), viéndolo desde la masa en acción a sus 15 años, generó su repulsa

por la enloquecida furia popular. Casi dos décadas después su visión de la voluntad individual (nietzscheana) cede a una *comprensión de la vida* que supera el antagonismo nietzscheano, en vez de una *teoría sobre la vida* como la de Shaw, y, en este sentido, Marcelo mira más allá, firmemente apoyado en la realidad social boliviana, desde la que había elegido hacerlo.

Artistas de la política como Shaw y Marcelo, ejemplifican la noción hermenéutica que se atribuye a H. G. Gadamer, según la cual lo que nos interesa realmente no es el pensamiento sino ser-en-el-mundo, esto es, que si bien podemos adolecer de equívocos intelectuales, lo verdaderamente desafiante es imaginar cómo realizaremos existencialmente nuestras ideas.

EL “HECHO PARLAMENTARIO” Y LA DIMENSIÓN DEMOCRÁTICA DEL INDIVIDUO

Lo que se puede probar en suma, en línea con lo que aquí se atiende, es que Marcelo, a quien le importara tanto el teatro desde su juventud, incluida su fugaz vida universitaria, antes que la literatura o el derecho, leyó la obra teatral de Shaw y quizá llegó a adoptarlo casi sin modificaciones en su clasificación crítica de lo social. En esto la intuición de Marcelo se mostró, una vez más, certera: *Cada cual debe ser su propio Bernard Shaw*, postularía Jorge Luis Borges en 1975 para el futuro, uno de los varios futuros posibles, dando al lector este encargo. Años antes, a fines de los 60, Marcelo ejercitó este deber abonando a la utopía posible que pensaba para Bolivia, bregando como parlamentario para que alcancen a los oídos populares las explicaciones de las causas últimas de los problemas nacionales, tantas veces confundidos por la propia intelectualidad local.

En un momento en que la presencia guerrillera del Che Guevara en el sudeste boliviano propiciaba la aprobación de leyes contrarias al interés nacional y popular, Marcelo recurre a una imagen de la actividad parlamentaria semejante a un globo que distrae de la realidad y había sido elaborada por Bernard Shaw. Antes de citar añadamos que la obra teatral de Shaw impone una particularidad muy mencionada en quienes lo estudian: largos prólogos, sino verdaderos ensayos, introductorios a la obra teatral específica, en los que se trata el tema de manera política, en un mismo lenguaje de pareja brillantez y claridad expositiva del que Marcelo también hará escuela. Por eso lo que sigue va en prosa y corresponde al Prefacio de Shaw a su obra teatral: *El carro de las manzanas. Una extra-*

vagancia política (1929), en el que lo antes señalado sobre su rechazo a la abstracción de lo tratado, en este caso la democracia, es explícito (el énfasis en los textos de Shaw y Marcelo es mío):

Se me pidió que hablara al enorme auditorio creado en torno de la nueva invención de la Radiotelefonía, sobre una serie de temas políticos y culturales presentados por el orador precedente bajo el título general de Puntos de Vista. Entre los temas estaba el de la Democracia, presentado, como de costumbre, en forma completamente abstracta como un principio infinitamente beneficioso en el que debemos confiar aunque nos mate. Yo estaba decidido a que esta vez las instituciones de Votos para Todos y Cada Autoridad Elegida por Voto no escaparan a cubierto de su imponente máscara. Y dije lo que sigue:

Majestades, Altezas Reales, Excelencias, Gracias y Reverencias, milores, damas y caballeros, conciudadanos de todos los rangos: les hablaré de la democracia objetivamente, es decir, tal como existe y como todos por igual debemos encararla, no importa cuáles sean nuestros puntos de vista. (...) La Democracia, como ustedes saben, muy pocas veces es algo más que una palabra larga que empieza con mayúscula, que aceptamos reverentemente o denigramos con desdén, sin hacer pregunta alguna. (...) Advertirán ustedes que soy demasiado cortés como para llamar a Demos charlatán o vendedor de globos llenos de aire caliente; pero les pediré que comencemos nuestro estudio de la Democracia considerándola antes que nada como *un globo grande, lleno de gas o de aire caliente, que se lanza hacia arriba para que ustedes no dejen de mirar al cielo mientras otros les vacían los bolsillos*. Cuando el globo baja a tierra, cada cinco años aproximadamente, se los invita a ustedes a subirse a la barquilla, si pueden expulsar a una de las personas sentadas firmemente en ellas. Pero como no tienen ni el tiempo ni el dinero necesarios, y como son ustedes cuarenta millones y apenas hay sitio para seiscientos en la barquilla, el globo vuelve a subir y los deja en el mismo lugar en que estaban antes. Creo que admitirán que el globo, como imagen de la Democracia, corresponde a los hechos parlamentarios (cf. 1968: 515-517).

Marcelo por su parte, no ante un auditorio de público variado sino ante el hemiciclo parlamentario en pleno, se refiere “al globo de la democracia” de Shaw en términos en que critica un hecho parlamentario concreto: la desatención a la grave realidad nacional, desplazada por la presencia espectacular de actores guerrilleros y antiguerrilleros. La alusión a los intelectuales que desatienden la desnacionalización fomentada por el régimen del gral. René Barrientos o la represión a los trabajadores, menos que al fenómeno de las guerrilla del Che Guevara. En la sesión nocturna de congreso del 9 de octubre de 1967, decía:

En lo interno, aunque la guerrilla pareciera expresar la objetivización de condiciones propicias a la revolución nacional, y a pesar de su virtual valor aleccionador y de su influencia psicológica tonificante en el espíritu abatido de la clase obrera, su efecto general es altamente perjudicial y peligroso, de hecho el blanco al que apunta el imperialismo. Aunque certero teóricamente, resulta poco menos que invisible en esta nación donde son tantos los objetos sobre los que debe dispararse, que el pueblo no atina a digerir y termina no disparando a ninguno. La tarea de pelear frontalmente contra el imperialismo en este país, donde su presencia aparece fantasmal aun para los más perspicaces, equivale a la proposición de cazar unicornios cuando en torno abundan los animales domésticos. (...)

Los intelectuales bolivianos, impenitentes inquilinos de la rentista inteligencia extranacional, encuentran en las guerrillas un nuevo meandro para ensayar una nueva fuga del laberinto cultural con que nuestra realidad les desafía. Proclives al desarraigo, casi compulsivamente inclinados a la autoenajenación cultural, encuentran en la guerrilla lo que en ella necesitan encontrar; los de derecha, el motivo que necesitan para justificar con aparente decoro su decepción de la causa nacional; los de izquierda, el tema interminable de disquisiciones académicas, el motivo de sus temerarias operaciones en una guerra de café y de sobremesa. Los dos en una forma de bizantinismo por la que un aspecto adjetivo del procedimiento judicial del ideólogo Debray, o el nombre fingido que para entrar en Bolivia había usado el argentino Guevara, suplantan como tema de preocupación al drama de este desventurado pueblo, cada vez con más hambre y cada vez con menos soberanía. Así, hornos de fundición, defensa de nuestros hidrocarburos, legislación laboral, represiones obreras, entrega de los López, son hechos minúsculos, carentes del interés suficiente para ganar las primeras planas de los diarios. Lo importante es la efigie fotográfica de las guerrillas, presente desde hace seis meses; lo importante es destacar su anécdota y atraer la atención sobre ella de todo un pueblo. De este modo, *como suele ocurrir en los espectáculos de feria, mientras el pueblo especta pasmado, la significación del hecho guerrillero, siempre hay alguien que vacía sus bolsillos* (1967: [Intervención parlamentaria inédita sobre el Plan General de Desarrollo Económico del gobierno y la guerrilla de Ernesto Guevara]).

De este aprendizaje de Marcelo en el campo de la teoría teatral como política, ejecutado como interpretación crítica de la realidad local y praxis parlamentaria desde el punto de vista de los intereses generales de la sociedad se pueden extraer varias lecciones en sentido inverso, esto es, cómo enriquecer estéticamente la apreciación de una realidad lacerante que suele ser oscurecida por sus necesidades perentorias separadas de las causas que la prolongan. Aquí aparece entonces el tránsito de escritura

desde *Los Deshabitados* hacia *Otra vez marzo*, de modo semejante a como Shaw se había superado a sí mismo desde su ensayo sobre Ibsen hacia su concepción sobre Wagner.

Lo cierto, aunque poco destacado a pesar de su carácter medular para comprender la obra y vida de Marcelo (los límites de su muerte, y viceversa), es que el fracaso ejemplar de *Los Deshabitados* –que es el significado del final de *El combate*, finalmente *Otra vez marzo*: “combate” como trabajo de creación literaria y resto nietzscheano, que no llega a expresar la dimensión política latente no realizada por *Los Deshabitados*– es la victoria final de *Otra vez marzo*, novela que ya está “completa” en todo su plan general en 1963, corroborado en lo que se tiene escrito y publicado de la misma. Es una de las demostraciones proyectadas al futuro (ya hemos sugerido recordando a Borges que no hay uno sino varios futuros posibles) de que la “teoría” de Marcelo consistía en una filosofía de vida y no en una filosofía política disciplinaria. Esa “teoría” no era una filosofía de la praxis sino la praxis misma, calificada por un horizonte humano no realizado pero entrevisto: en los 60 era el horizonte cristiano de la democracia, calificado desde los 70 por él del marxismo-leninismo (es preciso añadir el suplemento “leninista” para no ignorar que, si la economía-política era “todo” para Marcelo, su horizonte político se ampliaba con la atención minuciosa a la multifacética lucha de clases).

Limitemos nuestro comentario al final de *El combate* (después *Otra vez marzo*), revelado en Cochabamba, la ciudad natal de Marcelo:

Si es de interés de ustedes alguna referencia a esta segunda obra de título *El combate*, [al final *Otra vez marzo*] pues voy a darla así, de una manera más sucinta, más breve. Se trata en realidad de un ex-oficial, inutilizado para el ejercicio de su carrera por un accidente propio de su profesión, un hombre al que lo había guiado siempre el ideal de persona humana claramente descrita en la filosofía de Nietzsche, es decir, la voluntad de poder, el hombre de dominio. Naturalmente, inhabilitado ya para el ejercicio de su carrera, este hombre sufrió un golpe y tuvo que refugiarse en una actividad extraña que es la de entrenador en un reñidero de gallos. El cree ver en esa especie zoológica, la realización de un ideal de vida humana que él no vio en los demás ni en sí mismo.

En ese mismo reñidero viven con él un anciano, él es un ex-entrenador al que los años lo han enternecido y ya le parece ese un espectáculo muy cruel, entonces se ha dedicado más bien a criar gallinas que a su vez tienen pollitos y se multiplican, y no le gusta aquél espectáculo. Este hombre, que es miembro de esa parte de la humanidad que Ortega y Gasset define como “los que quieren”, haciendo uso desde la filosofía a la ducha fría, mantener un

dominio constante de sí mismo y de la situación en torno, es un hombre que no se embriaga nunca, que vive vigilante de sus actos y que no admite ser derrotado. Es en síntesis, una especie de personificación del hombre producto de un racionalismo exacerbado, de aquellos que creen que la vida se puede reducir a un teorema o a una figura geométrica. Afortunadamente la vida es mucho más compleja que eso y entonces este hombre ve que día a día avanza su ceguera y que ha de quedar definitivamente derrotado. No puede soportar esta idea y decide matarse, lo hace tomando un veneno, tiene una agonía de tres días. Durante esa agonía él tiene alucinaciones y ensoñaciones caprichosas, incoherentes, y al final se da cuenta que un hijo que él había engendrado con una mujer de muy poco atractivo físico que habitaba en el mismo lugar, en un momento de embriaguez, un pecado más, una derrota más en su vida, está próximo a nacer.

La última escena lo muestra a él en su aposento, agónico, y al viejecito aquél enternecido, riendo a la puerta de su pieza porque ha abierto las jaulas de los gallos de riña, aprovechando de la agonía de este hombre, del cuidador, y los gallos de riña se han mezclado con las gallinas de él, un poco lo que ha ocurrido con él y con esa mujer deforme en la que ha engendrado un hijo. Es decir, ni esa especie de gladiadores animales, de animales nacidos para la lucha y para vencer, han podido conservarse intactos, fieles a ese principio un poco apriorístico. Entonces comprende que la única manera de no ser derrotado en la vida es aceptar la vida como es, en toda su maravillosa complejidad, ese es el final [aplausos]. (1963: [conferencia inédita]).

A fin de cuentas, para sí mismo y la sociedad que representó, Marcelo logra aquí expresar *como* literatura la lección política de la democracia, tanto en el epílogo adelantado de *Otra vez marzo* como en su propia vida. Se trata de un procedimiento de comprensión que podemos asimilar a lo que hoy se denomina una ontología dialéctica de fracaso/éxito, que los artistas políticos comprenden sin dificultad, mientras, visto de manera no relacionada, sugiere un esquizoide desarreglo de opciones.

Desde una posición antípoda, que decía admirar a Marcelo, a fines de los 60, el indianista Fausto Reinaga (1906-1994) adulteró la escritura del primero para dirigirla hacia “su molino” en su obra ya clásica *La revolución india*, y reivindicó una década después a la dictadura militar que asesinara a Quiroga Santa Cruz, la del ahora reo sin derecho a indulto, gral. Luis García Meza (1980-1981), la que habría logrado lo que Reinaga buscaba: una “revolución del cerebro” en la que no cabían “ni Cristo, ni Marx”. La consagración de Reinaga, su notoriedad como autor publicado y figura señora del indianismo sucede actualmente, con la publicación de

sus Obras completas bajo el auspicio del indigenista Estado Plurinacional. Un éxito nada ejemplar, desde la ontología dialéctica que aquí se sugiere para comprender la historia.

En otro caso, distinto por su autoridad teórica indiscutida en antagonismo con Marcelo, en su madurez intelectual alrededor de lo que sería su libro póstumo *Lo nacional-popular en Bolivia* (1986), René Zavaleta (1937-1984) que retornaba a Bolivia luego de siete años de exilio, sentenció en una entrevista de 1978: “Bolivia será india o no será”. De esto último –como del “estilo” de Reinaga– cabe decir que se estaba “viviendo en el lenguaje”, es decir en una idea que al no incluir relación genética o histórica con su referente, al no vincularse fenomenológicamente con éste, producía la cosificación de lo expresado. Si recordamos el contexto de apertura democrática en que Zavaleta alude a esta “centralidad del indio” será evidente su diferencia productiva con Reinaga: la ironía le hace posible teorizar sobre opuestos (señor/indio) pero expresándolo desde una de las caras de la moneda, por lo que no resulta dialéctica. Por eso Zavaleta también sostuvo, desde el extremo opuesto de este péndulo sin solución de continuidad, que durante el auge de las masas en noviembre de 1979 Bolivia era más señorial que nunca. Tengo para mí que repetía en negativo, desde la distancia mexicana, lo que era sentido común en Bolivia: que no se escuchaba nada tan atentamente como el nombre del socialismo en Bolivia, Marcelo.

En cambio, la renuncia del PS-1 a sus bancas parlamentarias (1979) y el final anunciado para su novela *Otra vez marzo* retomada en marzo de 1979, son actos expresivos de su *Marx-Lenin y Cristo* como un todo: en el primer caso porque, aun contra opiniones de la dirigencia y militancia del PS-1, Marcelo sostenía la renuncia a un parlamento, que había dado la espalda a la movilización de las masas de noviembre de 1979, para no formar parte cómplice de esa posición que incluía a la mayoría de la izquierda reformista, “aunque con esa medida el PS-1 desapareciera”. La lucidez leninista consiste en esto, en la dialéctica que potencia la lucha parlamentaria con la lucha movilizadora en las calles y viceversa, poniéndolo en riesgo todo. En cuanto a lo segundo, está presente en el final de *Otra vez marzo*, también como disolución sin temores de lo que lastra el avance revolucionario: la vida pasada de José que él se encarga de redimir con el suicidio. En *Otra vez marzo*, la derrota del vencedor nietzscheano la asesanta el hombre que comprende su propia vida en un medio que llamamos

sociedad. Siendo la derrota el modo en que avanza la historia, el suicidio de José es una alegoría de la victoria de la democracia boliviana, a la que Marcelo dedicó su vida.

Unas décadas después del año que cierra la vida de Marcelo (1980), podemos advertir que lo que está en curso involutivo en la actualidad es la propia democracia –devenir semejante a la reconstrucción de las FF.AA. post 52 aprobada por el jefe histórico del MNR, con oficiales ideologizados a lo García Meza– mediante la pretendida rehabilitación de la “acción cívica” de las FF.AA.; su papel garante del gobierno, alentado por el jefe del MAS y sus seguidores.

LA EXISTENCIA INDIVIDUAL REVELADA DESDE LA TOTALIDAD SOCIAL

El saber es doloroso, nos hiere para salvarnos; nos despierta del ensueño que tejen las relaciones sociales y su tranquila o extraviada deriva en la que embargamos la vida sin enterarnos. El saber es la muerte que libera al dragón escandinavo que ficcionara Borges, incapaz de abandonar el reluciente tesoro dorado que vigila para nadie, tampoco para él mismo porque no comprende su significado; que le impide cerrar los párpados para descansar. Esa riqueza material que adormece prometiéndolo todo y hoy llamamos capitalismo, es la que hizo posible a su salvador que la nombró en la época moderna, el marxismo. La teoría del valor y de la plusvalía son la lanza con la que el héroe acomete la consciencia del trabajador para herirlo con la certeza de que si no arriesga todo no obtendrá en realidad nada. La política de la verdad del marxismo del siglo xx consiste en comprender que el desplazamiento en el capitalismo avanzado de la dominación económica hacia la hegemonía cultural del consumismo, exige el enriquecimiento del lenguaje marxista para que el señalamiento del sistema de dominación actual sea visible.

En este sentido, la teoría para el marxismo-leninismo representa cierta tradición fructífera que entiende a la historia como algo que no únicamente sucede sino “que se mueve”; no ya un campo de conceptos delimitados como la filosofía podría pretender, puesto que las ideas en el sentido de la vida misma no existen de manera autónoma sino que *deben completarse con lo que les es externo*; con la realidad social no clausurada sino histórica y en movimiento dialéctico: progresando y por tanto pudriéndose o repitiendo de un modo inédito. Marcelo Quiroga Santa Cruz sabía y ejercitaba

de manera ejemplar dicha unidad de teoría y práctica; no sería la filosofía la que completaría la lucha de clases concreta, la que acontece en Bolivia, sino aquello que se encontraba fuera de su conciencia individual, de su propia condición concreta dentro de una historia de clase.

Desde nuestra condición histórica contemporánea, situados en el mundo en el siglo XXI, lo primero que cabría observar sobre el párrafo precedente, es que inevitablemente se asociarán los términos “marxismo-leninismo”, “dialéctica”, “clase social” o “praxis”, con objeciones históricas relativas al siglo precedente y que hablan, en una palabra, de derrota, de fracaso histórico. Sin duda que *fue así*, en la misma medida en que, a menos que pensemos que la historia palpó límites absolutos, se trata de derrotas diversas, relativas y pasadas; al mismo tiempo, sostener un lenguaje sospechoso sugiere que éste tiene algo que decir respecto a otro lenguaje tranquilizador de nuestro tiempo.

Corresponde pues imaginar otros caminos para llegar a la consciencia de la realidad social, sin tener que dar el rodeo de cuestionar primero el sentido común no dialéctico o cosificación que acomete al lenguaje en la sociedad capitalista. Uno de esos caminos es el de la literatura como “teoría”, veamos entonces la dialéctica de literatura y política a través de su ejercicio como unidad en la lectura de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust que podemos imaginar hiciera Marcelo Quiroga Santa Cruz; comenzando por cómo es que somos tocados por la verdad de la realidad, que es externa a nuestras búsquedas y deseos:

Nous pouvons avoir routé toutes les idées possibles, la vérité n’y est jamais entrée, et c’est du dehors, quand on s’y attend le moins, qu’elle nous fait son affreuse piqûre et nous blesse pour toujours. (Proust, 1954a: 1114).

Podemos haber dado vueltas a todas las ideas posibles, la verdad no ha entrado jamás, y es desde afuera, cuando menos se espera, que nos pincha atrocemente y nos hiere para siempre (Trad. de Estela Canto, 2004: 539).

La verdad del lesbianismo de Albertine que hiere a Marcel, por boca de ella misma pero a propósito de una información aparentemente inocua; como hiere al dragón escandinavo su fracaso en cuidar el tesoro, razón de su prisión dorada; como herirá el torero al toro en el ruedo, luego de atraer su furia haciendo de ella el impulso de las banderillas y al final de la espada que solo así se puede hundir en su carne firme. En el caso del Saber que llega como herida, se trata de un “diluvio de la realidad que nos sumerge” (*ibid.*: 540) gracias al cual alcanzamos una forma de la

realidad que hasta entonces solamente podíamos presentir, no conocer: no ir muy lejos en el sufrimiento corresponde, según enseñara Proust, a una limitación del espíritu creador. A la vez la conciencia de que somos fantasmas para nosotros mismos, reflota de manera multisensible en la obra de Proust y se vuelve certeza recordando nuestros yo pasados; quizá haya una reelaboración propia de Marcelo, en la novela *Otra vez marzo* (1990), que provenga de ese camino doloroso pero vital que la teoría filosófica no alcanza porque es externo al sujeto que piensa y actúa.

Quizá Marcelo haya presentido en unas palabras talladas por la prosa de Proust la forma de su propia escritura, dotándola del aguijón político que intuiría desde mucho antes, antes aún de aquella sentencia incomprensible lejos del mundo interior de Marcelo, que destinara a la curiosidad de unos jóvenes universitarios, en 1966: “La vida es mi campo más débil”. Volveremos a ella porque expresa, en mi opinión, la consciencia individual esclarecida de quien había llegado a saber, dicho en términos filosóficos, que la negatividad del Ser es constitutiva de la realidad misma y no solamente del sujeto o su sociedad, o, dicho en el espíritu mediador literario que sopla en *Otra vez marzo*, que la aceptación de la vida como fracaso es una lucidez que obra como la herida desde afuera que estamos ilustrando.

Pudo ocurrir en algún momento de su segunda lectura de Proust, en su exilio mexicano (1974-1978) y como alegoría de su autonomía intelectual y moral en un sentido marxista-leninista, que Marcelo leyera en su ejemplar de *En busca del tiempo perdido*, el volumen V (“La prisionera”) del tomo II de editorial Janés, sobre los celos que buscan infructuosamente la vida real de una persona y aún su pasado, en nuestra memoria:

Notre jalousie, fuillant le passé par en tirer des inductions, n’y trouve rien; toujours rétrospective, elle est comme un historien qui aurait à faire une histoire pour laquelle il n’est aucun document; toujours en retard, elle se précipite comme un taureau furieux là où ne se trouve pas l’être fier et brillant qui l’irrite de ses piquûre et dons la foule cruelle admire la magnificence et la ruse. (...) Notre vie distraite devant ce que nous ignorons être important pour nous, attentive à ce qui ne l’est peut-être pas, encauchemardée par des êtres qui sont sans rapports réels avec nous, plein d’oublis, de laucunes, d’anxiétés vaines, notre vie pareille à un songe (Proust, 1954b: 147).

Nuestros celos, al buscar en el pasado para conseguir indicaciones, no encuentran nada en él; siempre retrospectivos, son como un historiador que debe hacer una historia para la que no cuenta con ningún documento; siempre rezagados, *se precipitan como un toro furioso allí donde no en-*

cuentra al ser altivo y brillante que lo irrita con sus pinchazos, y cuya magnificencia y astucia admira la multitud cruel. (...) Nuestra vida distraída frente a lo que ignoramos que es más importante para nosotros, atenta a lo que no lo es quizás, hecha pesadilla por seres que carecen de relaciones reales con nosotros, llena de olvidos, de lagunas, de vanas ansiedades, nuestra vida semejante a un sueño. (Trad. de Fernando Gutiérrez, 1952: 702. Énfasis mío).

En *Otra vez marzo*, de Marcelo, la metáfora del toro no es menos elaborada y, además, notablemente política:

Este es el mejor momento. El inicio de una situación dramática, ¿ve usted? No su desarrollo, ni siquiera su desenlace; el inicio, cuando los términos en conflicto se desembozan (...). [Don F.] evoca recuerdos persiguiendo obsesivamente ese momento inicial, al que cree asistir por acción de dos peones [de ajedrez] enfrentados. Negro, corriendo impetuosa y ciegamente en cualquier dirección, hollando la fina arena del ruedo, desdibujando con sus violentas pezuñas abiertas los círculos concéntricos que traza la escoba, embistiendo el aire, sacudiendo furiosamente la cabeza en el inútil empeño por liberarse de la divisa rojinegra que quema y desgarrar, corneando el cerco, arrancándole astillas, frotando el peludo testuz, entre los dos grandes ojos desorbitados, ensañándose con una tabla desvencijada, batiendo el rabo pringoso de un estiércol verde, acuoso, que chorrea por los corvejones, después trotando, sostenidamente, trotando hacia el centro del ruedo, donde se detiene, desconcertado por la inmovilidad de todo lo que le rodea, arañando y bufando y, cuando la cólera parece aplacada, súbitamente paralizado y tenso, como si su carne se hiciera metálica, *como si un baño de bronce lo sorprendiera en esa actitud, mirando fijamente cómo de algún burladero surge ese gusano brillante y avanza desplegando sus grandes alas rojas...* (1990: 188. Énfasis mío).

Le sigue un fragmento de teatro introducido en la novela y titulado: “Juguete literario para soñar una tragedia”, en el que “la escena representa un desierto de arena pulcramente alisada”, antes por tanto del inicio que el pasaje anterior representa. Aquí se le habla al toro: “Se acerca tu hora. La puerta ya tiene el calor de tu aliento. Estarás corneando al gusanito de luz que se mete por el ojo de la cerradura. Después será peor: un gusano dorado hará encajes bermejos entre tus cuernos.” (*Ibid.*: 192).

Continúa el cuerpo central de la novela que subraya lo que tematizara: “Es un instante, nada más, pero está en todas las situaciones. Hay que saber descubrirlo. Como en nuestra guerra, mi capitán.” (*Ibidem*). El efecto de luz del traje del torero en Proust (“ser brillante”) es el mismo que el

de Marcelo (“gusano brillante” o “dorado”, con su capa roja a modo de alas) y, como dirá Proust, lo que nos imaginamos es más real que lo que vivimos. Obsérvese, en lo que se refiere a la autoconstitución del propio pensamiento *desde fuera, esto es, no antropocéntrica*, que la mirada introspectiva de Proust está ficcionada en Marcelo como percepción proxémica del toro sobre el torero (“un gusano”).

Un paso más allá, en *Hablemos de los que mueren* (1984) puede verse el desarrollo del “Juguete literario” como artículo de prensa, en un sentido en el que la tragedia del pueblo español fue la ficción que representara “el Caudillo”, general y dictador Francisco Franco, semejante al toro de la metáfora sobre el recuerdo. Franco, senil e “implacable quelonio desdentado” que todavía dirigía las “tres cabezas del Cerbero hispano” (la de su Movimiento, de las FF.AA. y la burguesía) consistente en imaginar que fueron las Fuerzas Armadas las que alumbraron a la burguesía y no al revés, ignorando “la prontitud con que la burguesía abandonó el luto” muerto Franco y que, en nuestra *lectura política con literatura de Marcelo*, significaría el inicio de una situación dramática, “el mejor momento”, en este caso aquél en el que la realidad desatendida doblaga el sueño del régimen franquista; en palabras de Marcelo que engloban desde “la guerra de España” hasta la muerte del dictador y la asunción de Suárez:

Quedan algunos delirantes incapaces de advertir que Franco no engendró a la burguesía en acto generoso de previsión, sino que fue ella la que, no obstante su insipiencia, holgadamente compensada por la madura lucidez de sus semejantes internacionales que acudieron en auxilio suyo, lo sacó de Marruecos y lo instaló en El Prado, para que acaudillara el proceso político de su formación histórica [el de la burguesía] (*Ibidem.*).

Suárez, que presidiera el Movimiento y lo sepultara para renegociar institucionalmente en nombre de la burguesía y con la clase obrera “la culminación de su desarrollo democrático” que, nótese también, no es un futuro indefinido sino un final para los objetivos de la burguesía, más no para la clase obrera, a costa del entierro, no de Franco sino, de ese instrumento político, el Movimiento, incapaz de resistir el peso acumulado de la historia o, como escribiera, con mejor arte de la política, Marcelo, “ese instrumento que no pudo soportar el sol sobre la cara” (*ibidem*).

Resulta claro que la imagen del toro para Proust es una alegoría de la lucha ciega de los celos, mientras para Marcelo se trata de una alegoría de la lucha política. El momento inicial del toro en el ruedo, su fuerza física

enfrentada a los giros de un “gusano brillante” que lo neutraliza creando vacíos a los que embestir, es una dramatización de la lucha de clases no en cualquier momento sino en sus comienzos, semejante a los dos peones de ajedrez enfrentados al momento de comenzar una partida. Una partida que es una, que es vista como totalidad, como “José y Estaquilla [el zapatero] son la misma persona”, según escribiera Marcelo en sus notas de *Otra vez marzo*. En la referida conferencia de 1963 había recordado a un zapatero de su infancia, de nombre Oliverio (vgr. ¿“Estaquilla”, en *Otra vez marzo*?). Añado énfasis a dos momentos de aquella elocución que hacen a nuestro tema:

El proceso de la creación literaria. Por proceso entiendo yo el desarrollo de una obra literaria a partir del momento de su nacimiento. Hay en esta observación una suerte de convencionalismo, en realidad sería difícil precisar, aun para el escritor, el momento en el que nace una obra literaria. Sin embargo, creo yo que este proceso comienza con *una gran semejanza al proceso también de la concepción. Algo fuera de nosotros a modo de semilla se introduce* en nuestra sensibilidad y pone en movimiento nuestra imaginación. Ese algo se desarrolla dentro de un proceso de tiempo inevitable, transcurrido el cual la obra tiene que surgir, tiene que objetivizarse, tiene que hacerse algo real. Esa semilla o germen del proceso de la creación literaria puede ser una persona o personaje ya en la obra literaria, puede ser un ambiente, puede ser una idea. Después diré con más detalle porqué las obras que nacen de una semilla-idea suelen nacer más bien muertas.

Cuando nace de una persona es porque esa persona ha logrado destacarse del conjunto, pero el hecho de destacarse del conjunto está íntimamente ligado a algo que ocurre en la sensibilidad del escritor. Algo hay en él que hace que esa persona tome una significación distinta de las otras personas. Es este carácter notable que le presta el escritor a la persona lo que hace que esta persona se constituya en un hecho aislado, significativo, simiente de una obra literaria. Aquí, a modo de anécdota y de ejemplo, quisiera referirles una experiencia de mi infancia: de chico, solía yo entretener mis ratos de ocio, que eran los más, visitando a un zapatero que tenía su taller en la vecindad. De este hombre recuerdo el nombre: Oliverio. Un nombre curioso además, para el lugar donde yo vivía. Recuerdo su oficio: zapatero. Pero *lo que no voy a poder olvidar nunca es que este hombre trabajaba ocho o diez horas al día disputando con varios pájaros sus elementos de trabajo, las estaquillas; este trozo de fósforo con que suelen arreglar un zapato envejecido* tenía que encontrar el zapatero, más bien que en su mesa de trabajo, en el pico de uno de los pajaritos que estaba rondando su mesa. Este es un hecho que a mí me impresionó tanto que algún día será materia de algo con cierto valor literario (1963: [conferencia inédita]).

Aquí no sólo tenemos lo menor, por decir así; el deslizamiento metonímico de la actividad artesanal del zapatero Oliverio, al que los pájaros hurtan un insumo de su trabajo (las estaquillas), hacia el nombre ficticio del zapatero de *Otra vez marzo*, que es también José, el personaje central, sino que se registra lo medular: que “el proceso de la creación literaria” como lo entendía Marcelo, está determinado de manera nítida por su construcción hermenéutica, por una forma sensible de llevar la realidad hacia un punto más alto al interpretarla, y sobre todo porque este comienzo será fecundo si es social, *i.e.* externo al autor, e infecundo si es un sucedáneo de ideas, si se pretende vicariamente filosófico.

Si Estaquilla y José son el mismo, también el narrador se identifica con sus personajes, que han nacido de él inconscientemente o, en su existencia de papel, los primeros toman rasgos de la realidad documentada del narrador. En la libreta de servicio militar de Marcelo (1951) y en la de su incorporación previa y por un mes como voluntario (1948), el registro

Imagen 1

EJERCITO DE BOLIVIA
 MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL
 SERVICIO MIL. DE IDENTIFICACION PERSONAL
 GABINETE CENTRAL
 Filiação y Documentación Civil
 Cédula de Identidad N° 16836 de 1959
 LIBRETA
 DE
SERVICIO MILITAR
 DEL
 Vol. Marcelo Quiroga S. Cruz
 (Grado, nombre y apellidos)
 No. 89785
 Clase 1931
 Año 1951

manuscrito dice: “Señas particulares: “Sicatris (sic) región ciliar derecho”, mientras en alguna página de *Otra vez marzo* se lee: “Nombre: José. Señas particulares: Cicatriz en el arco superciliar izquierdo”.

Quizá pudiéramos pensar el logro de *Otra vez marzo* leyendo el suicidio de José en clave simbólica como una disolución de toda la sociedad para renacer –incluyendo al narrador, su recuerdo de Oliverio–; una imagen de la revolución necesaria en Bolivia y, en tanto proceso creativo global, singular narrativa de la historia en la que el artista políti-

otra alegoría de ese sector invisibilizado socialmente, que retorna como lo reprimido?– deforme y reverso maternal del hombre abstracto, dibujado en las siluetas de un campo de tiro al blanco, cuya realidad sugiere que ni siquiera el victimario aventajado está seguro de ganar sin riesgo, porque, como llega a saber José, en sus minutos postreros, al final nadie quedará impoluto, ni los muertos, cuando el Mesías vuelva, cuando la realidad nueva se imponga sin haberse anunciado previamente. *Todo*: la narración deliberadamente fílmica o incorporación visual del espacio a la historia en *Otra vez marzo*, que rompe con la secreción de paisaje interior de *Los Deshabitados*.

Por contraste, la Bolivia oficial sigue tributando al capitalismo avanzado neoliberal. La historia sincrónica del progresismo actual, que figura intelectualmente piezas monolíticas (“proceso de cambio”, “Estado Plurinacional”), trabaja con estas falacias ideológicas contra sí misma; la Bolivia de ganadores de ayer y hoy, pierde contra la historia como existencia multiforme, diacrónica, cargada de consecuencias inesperadas. Lo que caracteriza a la plebeyización satisfecha que alienta el neopopulismo del MAS –un recodo en el camino socialista iniciado por *Marcelo*– es la centralidad del dinero como pedagogía de la servidumbre, proporcional al excedente del periodo ya declinante del evismo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMARAZ, SERGIO (1964); “Un minuto antes de la medianoche: la violencia en Bolivia”, en *Praxis* (La Paz), 3 (diciembre), pp. 22-28.
- BARNADAS, JOSEP (*dir.*, 2002); “Reinaga, Fausto”, en *Diccionario histórico de Bolivia. II. Sucre*: Tupac Katari, p. 697.
- BORGES, JORGE LUIS (2005 [1975]); “El libro de arena” en *Obras completas 3*. Buenos Aires: Emecé editores. p. 64.
- PROUST, Marcel (2004); *En busca del tiempo perdido. IV. Sodoma y Gomorra*. (Trad. de Estela Canto), Buenos Aires: Losada.
- , (1954a); *À la recherche du temps perdu. II. Sodome et Gomorrhe*. Édition établie et présentée par Pierre Clarac et André Ferré. Paris: Gallimard.
- , (1954b); *À la recherche du temps perdu. III. La prisonnière*. Édition établie et présentée par Pierre Clarac et André Ferré. Paris: Gallimard.
- , (1952); *En busca del tiempo perdido. IV. Sodoma y Gomorra*. (Trad. de Fernando Gutiérrez). Madrid: Janés.

- QUIROGA SANTA CRUZ, MARCELO (1990); *Otra vez marzo*. La Paz: Amigos del Libro.
- , (1984); “La clase sin caudillo”, en *Hablemos de los que mueren*. México: Tierra del Fuego. pp. 273-275.
- QUIROGA SANTA CRUZ, MARCELO (1971); “Manifiesto fundamental”, en *El Diario* (La Paz), 7 de febrero, p. 6.
- , (1968); *Lo que no debemos callar...* La Paz: s.e.
- , (1967); [Intervención parlamentaria inédita sobre el Plan General de Desarrollo Económico del gobierno y la guerrilla de Ernesto Guevara] (La Paz), 9 de octubre.
- , (1966); “Marcelo Quiroga Santa Cruz, un humanista”. *Logos de la Facultad de Filosofía de la UMSA*, 2 (La Paz), pp. 22-23.
- , (1965); “Un partido temible”, en *El Sol* (La Paz), 19 de febrero.
- , (1963); Premio William Faulkner a *Los Deshabitados* (1963) [conferencia inédita], Cochabamba.
- REINAGA, FAUSTO (2001 [1969]); *La revolución india*. El Alto: s.e., p. 349, n.1.
- SHAW, BERNARD (2011 [1898]); *El perfecto wagneriano*. Madrid: Alianza Editorial. “Estudio preliminar” de Eduardo Valls, pp. 11-135.
- , (1968 [1929]); “Prefacio a *El carro de las manzanas. Una extravagancia política*”, en *Teatro completo. III*. Buenos Aires: Sudamericana. [Trad. Floreal Mazía], pp. 509-533.
- ZAVALETA, RENÉ (1983); *Las masas en noviembre*. La Paz: Editorial Juventud.
- , (1978); “Todo lo que es Bolivia hoy no es sino el desplegamiento de 1952”. [Entrevista de Mariano Baptista Gumucio], en *suplemento Semana del diario Última Hora* (La Paz), 10 de marzo.

